

su codicia de dañar al género humano. En efecto, los *mágicos* de que he hablado, reproducían una de esas escenas en que no se sabe qué admirar más, si la ferocidad del tigre ó la necesidad del gorila: enterraban vivo hasta el cuello á un párvulo de ocho ó diez años, y le dejaban perecer de rabiosa hambre, mientras que cerca de su boca ponían manjares y bebidas, con objeto de hacer un poderoso filtro amoroso; que en el arte de engañar es maestro el diablo. Era cosa horrorosa, decía en una de sus cartas el franciscano P. Juan de Zumárraga (1), lo que pasaba entre los mejicanos antes que el adorable Sacrificio de la Eucaristía borrara los sacrificios paganos; sólo en la gran ciudad de Temistlán ofrecían anualmente en holocausto á los ídolos más de veinte mil corazones de niños de ambos sexos. En una provincia de Madrás, añade el célebre Gaume, los arrendadores y labradores tienen la pésima costumbre de engordar varios niños y matarlos después; mientras los engordan hacen incisiones en sus delicadas carnes y llevan los pedazos cortados y parte de la sangre á sus feraces campos, los entierran y creen con esto que los dioses deben favorecerles con abundantes cosechas. En los lugares donde la Revelación cristiana no ha penetrado todavía, se contemplan con horror escenas tan repugnantes como las indicadas. Pueblos idólatras, situados en los apiñados bosques de Filipinas, celebran anualmente su principal fiesta, llevando ante la multitud un parvulillo, al que cortada la cabeza, ostentan á ésta en la punta de una pica en señal de gran triunfo, creyendo con semejante proceder haber ofrecido al demonio un sacrificio heróico.

La ciencia de Luzbel no ha tocado aún sus límites. Un nuevo género de sacrificios á su honor inventa el mal espíritu, y su eco repercute por toda la tierra. ¿Qué era la ley antigua de los esclavos sino un nuevo holocausto humano ofrecido á los demonios? Saliendo el hombre libre de las manos del Creador, ¿quién trabajó para que cundiera la fa-

(1) Primer arzobispo de Méjico.

tal idea de que el mundo había de ser clasificado en libre y esclavo? Acaso no fué el diablo? El esclavo ciertamente no era reputado por un ser racional, sino por mera cosa; era conceptuado inferior á la bestia, pues á ésta se le guardaba mayores consideraciones. La ley definía el valor del esclavo diciendo que era *menos vil que nulo*; por el oro y aun por menos que el oro, por un capricho se adquirían uno y muchos esclavos; sus enfermedades físicas y morales eran manifestadas en pública plaza, después de lo cual eran vendidos por sus poseedores al mejor postor. Esto no era lo pésimo entre lo malo, porque si al vendido se le hubiera tratado con alguna dignidad, hubiera tenido la ley de la esclavitud algo de soportable; pero considerada la racional criatura como una cosa cualquiera, (que esto es llegar al estado de aberración mental más grande) se creía tener sobre la misma, potestad de vida y muerte; por manera que la menor falta, el romper un plato, v. g., era suficiente para que el amo déspota y criminal mandara apalearse ó arrojar al río á su desgraciado esclavo, siguiendo generalmente su infeliz suerte la mujer é hijos si los tenía. ¡Triste familia! ¿Á qué se había reducido el amor, la satisfacción y los goces del hogar doméstico, teniendo el esclavo por patrimonio la bestial sujeción, el dolor y el sufrimiento?

Sin embargo, éste era el resultado del reinado de Lucifer; éste era el nuevo género de sacrificios que á toda costa exigía de aquél que fué creado por rey del universo. Porque en efecto: no era sacrificio costosísimo, al diablo ofrecido, que el hombre perdiese su hermosa libertad merced á una ley fatal que aquél impusiera? no era sacrificio costosísimo, al diablo ofrecido, que el hombre quedase despojado de su dignidad y se pusiese muy por bajo de los irracionales? no era sacrificio costosísimo, al diablo ofrecido, que el ser más bello de la creación fuese la bafa de hombres y mujeres sin freno, pudiese ser violado á la fuerza, se le arrebatasen inhumanamente su consorte é hijos, fuese al fin maltratado sin compasión y quedase sin vida en la flor de sus años? no era, finalmente, sacrificio

costosísimo, al diablo ofrecido, que la inteligencia, el ingenio y la conciencia de esos desgraciados seres, que tantos inventos hallar pudieran, y tantos beneficios á la sociedad reportar, quedasen anulados por el imperio de la ley de la esclavitud? ¡Ah! y quién fué la causa de tanta desgracia? Lo he dicho; el encono del espíritu del mal, y gracias no obstante al Omnipotente que, mostrándonos otro sacrificio incruento, pudo con su inmensa fuerza derrocar los altares de Lucifer y hacer desaparecer los males de que las sociedades idolátricas infestadas estaban.

Existe un ser, digno por todos conceptos de las atenciones humanas, que había sido regalado al varón para que con él compartiera los goces y las amarguras, las alegrías y las tristezas, el descanso y el trabajo de la vida presente. Es la mujer. Antes del Cristianismo, antes de haber sido purificada con la sangre del eucarístico Sacrificio, había torcido en general sus caminos, había perdido el concepto de lo que era y valía, de sus obligaciones y derechos, y estaba reducida á un puro instrumento de placer, y no siempre. Éste fué otro género de sacrificios que el espíritu del mal pudo recabar de la humanidad extraviada. No me detendré en largas consideraciones para probar mi aserto, porque tendría que salirme de los límites de mi proposición; pero sí añadiré que en todo lo que á este asunto pertenece, se descubren palpablemente los ideales de Luzbel que, como he manifestado antes, son la destrucción de la humanidad. Ciertamente la mujer, ese ser débil que necesita del apoyo del hombre, no encontraba en éste el cariño debido á su ternura, la protección debida á su fragilidad, el báculo debido á su vejez; el marido repartía el amor entre varias mujeres, y los celos, los odios y las intrigas se multiplicaban en los hogares. Consecuencia inmediata de la poligamia era el repudio y el divorcio; por la más leve falta tenía lugar, y la mujer debía ir á llorar su desgracia á las incultas soledades, ó entregarse á la vida inmoral, ó á la desesperación. El pudor, que en la mujer debe ser la joya más preciada, se había extinguido por completo. En algunas partes el dote femíneo

era el precio del deshonor, en otras era obligatoria la prostitución y en todas una ola de inmundo y pesado cieno invadía el templo de la pureza. Hasta el dulce y compasivo carácter del frágil sexo había desaparecido. Era preciso cometer algún homicidio ó algún otro crimen semejante para que la mujer pagana fuese considerada, y no podía menos de ser así; porque, acostumbrada ésta á los espectáculos de los gladiadores, su afán consistía en derramar ó ver derramada la sangre de sus semejantes.

De todo este ligero bosquejo deduzco en consecuencia, que las enfermedades causadas por el abandono, el hambre, y el desorden, se apoderaban de los humanos seres en la flor de sus años; los jóvenes y las doncellas con su faz abotagada, desmazelada, su mirada torva, su talle flaco y cabeza decalvada, daban á entender claramente que la muerte se acercaba inexorable con su terrible parca, para recoger tan prematuros frutos; deduzco finalmente que estas muertes eran las que aquella sociedad corrompida ofrecía al diablo en sacrificio, ya que tan gustosamente oía el canto y seguía los consejos de las sirenas infernales.

Los idolátras, no obstante, parecían estar ciegos; obcecados en sus bárbaras prácticas, cuando para complacer á los ídolos no bastaban las víctimas humanas, ellos mismos, simulando compunción de corazón y penitencia de sus excesos, colocados ante los simulacros de los dioses, se maltrataban, golpeándose, arrojándose al suelo, é hiriéndose con afilados instrumentos. Las sagradas Letras testifican que los falsos profetas de Baal, cuando éste parecía mostrarse sordo á los clamores del pueblo idolátra, herían sus cuerpos con lancetas hasta derramar sangre en abundancia (1). Práctica semejante fué secundada en todos tiempos por numerosos pueblos que rendían culto al demonio, y aun en nuestros días los musulimes que, por más que adoren al verdadero Dios, empero no creen en su Divino Hijo, y por lo tanto no se hallan en el camino de la verdad, son instrumentos y

(1) 3. Reg., cap. 18, v. 28.

víctimas del diablo, pues en las fiestas más solemnes, los que han peregrinado á la Meca, colocados en desordenada procesión, hieren sus cabezas con afilados machetes y se glorían en derramar su sangre, que á algunos cuesta la vida.

Fuera de duda está que semejantes salvajadas hanse introducido por iniciativa de Luzbel, merced á la confusión de ideas sobre el verdadero sacrificio; por cuya razón, aprovechándose aquél de esta poderosa circunstancia, logró persuadir á los hombres que, para agradar á Dios, era indispensable mucha sangre humana; y ved aquí á los idólatras demostrar en sus prácticas esta perniciosa idea que todavía hoy, por desgracia, cunde en los pueblos que se hallan fuera del Cristianismo.

Y en efecto, el mundo, antes del Sacrificio de la Eucaristía, era un verdadero lago que contenía la sangre de humanas víctimas ofrecidas en holocausto á los diablos. Esta práctica no era solamente bárbara costumbre, sino inflexible ley respetada por todas las naciones y por toda clase de personas, si exceptuamos el pueblo hebreo. Mas, ¿se cree por ventura que Satanás quedaba satisfecho con las criminales prácticas hasta aquí descritas? No por cierto. La salvaje costumbre de la cual pretendo hacer mención ahora, á más de repugnante, envuelve un género tal de malicia, capaz de forjarse únicamente en la depravada voluntad del infernal espíritu. Es la castración varonil. No hubiera tomado la pluma para hacer mención de ella á no ser para ilustrar mis ideas y para hacer ver con todos sus ribetes la malicia del ángel caído y la ventaja inmensa que adquirió la sociedad cristiana con la institución de la Santísima Eucaristía, que desterró para siempre de sus pueblos semejante insulto al humano género. ¡Oh! inhumanidad semejante sólo podría ocurrírsele al diablo para acabar, no sólo con el hombre, sino hasta con la especie humana. Ahora se podrá comprender una vez más el implacable odio que Lucifer profesa al hombre y su deseo eterno de total exterminio. Los desgraciados que, sin reflexión ninguna, ó por rebajamiento de ideas, llevaron á cabo tal crueldad, quizá por conveniencia pro-

pia ó agena, pero siempre con el fin de honrar á la astuta serpiente del mal á costa de una perpetua impotencia, fueron innumerables. Los sacerdotes de Cibele, sólo con este objeto, se mutilaban á sí propios; y para que á la barbarie se añadiera la superstición, debían ejecutar tal acción con un casco de barro traído de la isla de Samos (1). Los romanos mutilaban á los adúlteros; los persas á cualquier violador; los asiáticos á fin de calmar sus bárbaros celos, y los egipcios y los moros, en general, por confiar á las víctimas la fiel custodia de sus inmundos serrallos. Durante el año 1657 se hicieron veintidos mil eunucos en el reino de Golconda, y añade el P. Fernando Zeballos, que fueron innumerables los que se castraron cada año en los pueblos de Etiopía, Georgia, Circasia, en Asán y Aracán, en Malabar, Pegú y Bengala.

Mientras que el maligno espíritu procuraba obtener de los varones una práctica que les deformaba y extinguía las vitales energías; mientras que trabajaba por que no pudiesen luchar contra las pasiones más violentas, á fin de que no pudiesen jamás alcanzar heroicas virtudes: esperaba conseguir de las doncellas que perdiesen toda esperanza de casamiento, disponiendo que varias de las mismas consagrasen á él, representado en Vesta, su más hermosa virtud: la virginidad. No vengo yo á combatir ni mucho menos á censurar el que el hombre quiera permanecer perpetuamente virgen; lejos de mí semejante idea que contrastaría enormemente con mi santa profesión y estado. Lo que sí censuro es que una sociedad corrompida, como la pagana, particularmente la de Roma, en la que en un momento dado apenas se encontrarían una docena de jóvenes vírgenes, no ya de espíritu, sino de cuerpo, exigiéase de algunas doncellas que dedicasen á la mentida diosa su virginidad temporalmente; lo que sí censuro es que, no garantizando á estas doncellas la guarda de su promesa, antes al contrario, rodeándolas de peligros inminentes, en los que pu-

(1) Luciano. De dea siria.

diera fracasar su voto, se atreviese á exigirles un sacrificio mil veces más duro que la misma muerte; en este sentido hablo, porque si malo fué consagrar la virginidad al diablo, santo es y de relevante mérito consagrarla al verdadero Dios y por fines altísimos, porque cierto es en este caso que el mismo Dios se encarga de ayudar al cristiano que ofrece su cuerpo en aras de la castidad virginal.

Se habrá notado que por esta exigencia del salvajismo pagano, el espíritu del mal frustraba los designios de Dios sobre el hombre, respecto á la propagación humana. Era un sacrificio de lujo el que se permitía. Mas ahora precisa, asimismo, notar que la mayor parte de los homicidios y suicidios, y los nefandos crímenes, intentados han sido por esa serpiente de siete cabezas para que sus perpetradores le ofreciesen con ellos una especie de holocausto. En efecto; cuando la hidra infernal no pudo arraigar en el mundo los sacrificios mencionados, se ha valido de las pasiones humanas á fin de que sirviesen al hombre de instrumento para llevar á cabo nuevos géneros de sacrificios. La idea de Luzbel siempre es la misma; ella no varía ni con la sucesión de los tiempos ni con la condición de las personas; el mundo viviente siempre habrá de ser su víctima; para conseguirlo bástanle las pasiones del hombre; él las hará aparecer antes de tiempo, él se encargará de atizarlas, él ayudará á consumarlas, y los infelices que, prestando oídos á la infernal sirena, despreciaron los mandatos divinos, cayeron inevitablemente en esos horrendos crímenes que debemos callar, y que se cifran en los vicios capitales, pero que sus perpetradores no hicieron más que levantar en su corazón ó en la vía pública un altar á Lucifer para rendirle en él la inmolación de sus vidas, haciendas y honras, ó las honras, haciendas y vidas de sus prójimos.

Mas, si es cierto por desgracia que todos estos últimos sacrificios no han desaparecido del todo con la institución del Sacrificio de los altares, también lo es que por él y exclusivamente por él han disminuído en extremo. Si se recuerda que una hecatombe universal anegó la tierra con to-

dos sus moradores, en castigo de la corrupción de la carne; si se tiene presente que las cuatro hermosas ciudades de Pentápolis fueron reducidas á pavesas en pena de sus crímenes nefandos; si se recuerdan al menos algunos de esos formidables ejemplos que registran las Escrituras, castigos no menos ejemplares mandados por el Eterno al pueblo hebreo y á otras naciones idólatras: se habrá podido obtener en consecuencia, que todas estas notables enseñanzas fueron enviadas por Dios á ciudades y pueblos entregados á la abominación; pero entonces, y este es mi argumento, el Sacrificio de los altares no existía, por lo cual no es de extrañar que se ofreciesen inmolaciones tantas á los demonios, como tampoco es raro el que Dios castigase con mano fuerte á todas esas naciones prevaricadoras; pero llega el feliz tiempo en que es instituída la Santa Eucaristía, y se notará cómo merced á este divino Sacrificio, pierde el diablo sobre los hombres su fuerza, y sobre la sociedad su influencia; las costumbres se purifican, los escándalos disminuyen; y he ahí por qué una historia consecutiva de veinte siglos no nos ofrece ejemplos de castigos tan formidables como los verificados en tiempo del paganismo y judaísmo.

La misma historia acredita que los homicidios y suicidios perpetrados, no han sido ni con mucho, tan frecuentes desde que existe la Religión de Jesucristo. En efecto, templadas las pasiones irascibles con la mansedumbre y caridad cristianas, el hombre se amansó á sí propio, miró á su prójimo como á otro yo, y las relaciones de paz y concordia entre los hombres se estrecharon, las rivalidades disminuyeron y el reino social de la paz Cristiana se hizo sentir en los lugares que la Ley de Cristo fué anunciada. Pero si todo esto se lee en la historia, dirijase también la vista más arriba y se notará que la preciosa Víctima que se inmola en el altar católico es la que ha producido esa admirable transformación, origen de la felicidad del universo.

¡Filósofos! Despreocupados! Calumniadores! Á la verídica historia apelo, y, llevándoos de la mano, os señalaré esas

páginas sangrientas que acabamos de ojear. Ellas os dirán que el imperio de Satanás tan extendido en el mundo estaba, que los hombres sus víctimas eran; que un verdadero furor existía por evocar de su negro y horroroso trono á la muerte y que los hombres sucumbían, si no gustosos, al menos desesperados ante el ara de los ídolos. Y al destruirse á sí propia la especie humana por la falsa idea de adorar á Beelcebú y de ofrecerse furiosa en sus altares, observaréis con horror que ni los individuos se multiplican en la proporción debida, ni los pueblos se agrandan, ni las ciencias se cultivan, ni las artes florecen, ni la agricultura adelanta, ni la industria ni el comercio prosperan; notaréis que una parálisis universal ha sobrecogido á la humanidad, pero que Dios vino á levantarla, ministrándola el eficaz medicamento de su propia sangre, que se derramaría continuamente en los gólgotas eucarísticas; y entonces ¡ah! entonces, disminuyeron, casi extinguiéronse los sacrificios humanos y se extinguirán por completo á medida que todo el universo reciba de lleno la luz de Jesucristo y vea inmolar sobre otras aras más puras al Cordero inmaculado que, borrando los pecados del mundo, hace que éste entre en las vías de la prosperidad y de una felicidad relativa. ¡Filosofastros soñadores! no es éste un hecho positivo? ¿no es éste el gran hecho? ¿no es verdad que las historias eclesiásticas y profanas no registran tan sólo un holocausto de víctimas humanas ofrecido en sacrificio á los diablos en aquellos lugares en que se recibió la luz de Jesucristo? ¿no es verdad que ahora mismo la sociedad civilizada no sólo no ejecuta semejantes inmoluciones sino que las repugna por completo? Pero decidme: los que no queréis ver en la Iglesia Católica y en su Sacrificio eucarístico nada de notable, nada de provechoso, nada de influyente: los que os pasáis la vida despreciándola y conquistando almas para el error, decidme: las naciones civilizadas ¿no han recibido su cultura de la Iglesia Católica? ¿Me lo negaréis? ¡Ah! creo que no desmentiréis la Historia... Concluyamos, pues; si la sociedad ha sido civilizada por el Catolicismo, el Catolicismo reconoce al Sa-

crificio eucarístico como causa y fuente de todo su poder é influencia. Luego el Sacrificio del Altar es el que con toda propiedad ha extinguido la horrible matanza de hombres que tenía lugar en los sacrificios que ofrecían los pueblos antiguos. *Homines salvabis, Domine.*

## II

Pero también es indudable que este mismo Sacrificio ha hecho desaparecer las inmoluciones de víctimas irracionales.

Siendo una verdad contundente que los sacrificios sangrientos son necesarios, porque el pecado incluye gravedad tanta que únicamente por medio de sacrificios costosísimos se ha de expiar, puede comprenderse que desde el principio del mundo abundasen los hombres en esta idea. Apenas Noé sale del Arca escoge los mejores animales de todas las especies y, erigiendo rústico altar, los ofrece en holocausto al Eterno. El mismo Dios ordenó á Abraham le ofreciese el sacrificio de una vaca, una cabra, un carnero de tres años, una tórtola y una paloma; y después que, por medio del caudillo de Israel, hubo sacado á su amado pueblo de la esclavitud egipcia, tenía derecho perfectísimo á que se le hubiera inmolado toda clase de primogénitos. Pero Él, que gusta de la felicidad de sus hijos, y que si ha ordenado alguna vez la muerte de seres humanos, ha sido precisamente en castigo de pecados gravísimos á que se hicieron acreedores, ¿pretendería quizá humanas víctimas con el único fin de complacerse en su holocausto? No hagamos á Dios tirano. El que impidió se realizase el sacrificio de Isaac, contentándose con el de un carnero; el que aunque permitió á Jepté sacrificase á su única hija, detestó sin embargo el crimen y declaró no ser de su agrado, ¿había de ordenar las inmoluciones de humanas víctimas? De ninguna manera. He aquí por qué, teniendo el hombre necesidad de expiar sus pecados y por consiguiente de ofrecer sacrificios, le ordenase el Altísimo que éstos sacrificios fuesen de seres, pero nunca de seres racionales.